

él un enemigo irreprochable, por lo cual prefería á Mirabeau, creyéndole más fácil de manejar y menos riguroso en sus convicciones políticas. La corte era la que debía unir á aquellos tres hombres, haciendo desaparecer sus motivos particulares de desvío; pero no había más que un medio de unión, la monarquía libre, á la cual era preciso resignarse con franqueza y cifrar todos los conatos en aspirar á ella. Mas la corte siempre vacilante, sin desdeñar á Lafayette, le recibía con frialdad; pagaba á Mirabeau que la regañaba de vez en cuando; mantenía el rencor de Bouillé contra la revolución; miraba al Austria con esperanza, y dejaba obrar á la emigración de Turín. Así se portan los débiles; procuran alimentarse de esperanzas con preferencia á asegurar un feliz éxito, y de esta manera lo que consiguen es perderse, inspirando sospechas que irritan á los partidos tanto como la realidad misma, pues vale más herirlos de lleno que amenazarlos.

Lafayette, que quería hacer por sí lo que la corte no hacía, escribía inútilmente á Bouillé, su pariente, para inducirle á servir al trono en común, y valiéndose de los únicos medios posibles, la franqueza y la libertad; pero Bouillé, mal inspirado por la corte, respondía con tibieza y de una manera evasiva, y sin intentar nada en contra de la Constitución, proseguía haciéndose imponente con el secreto de sus intenciones y la fuerza de su ejército.

De todo esto resultó que la reconciliación del 4 de febrero, que pudo dar tan opimos frutos, fué vana é inútil. El proceso de Favras quedó terminado, y ya fuese por temor ó por convicción, el tribunal del Chatelet le condenó á la horca. Favras demostró en sus últimos momentos una firmeza digna de un mártir y no de un intrigante: protestó de su inocencia y pidió hacer una declaración antes de morir. Habíase levantado el cadalso en la plaza de la Grève. Llevaron al sentenciado á la casa Ayuntamiento, donde permaneció hasta la noche. El pueblo deseaba ver un marqués ahorcado, y esperaba con impaciencia este ejemplo de igualdad en los suplicios.

Favras manifestó que había mantenido relaciones con un grande del Estado, el cual le indujo á predisponer los ánimos en favor del rey, y como para esto se requerían algunos gastos, aquel señor le dió cien luises que él aceptó. Aseguró que á esto se limitaba todo su crimen, pero no nombró á nadie; sin embargo, preguntó si la revelación de algún nombre podía salvarle. Como no le dejara satisfecho la respuesta que le dieron, exclamó: «¡En ese caso, moriré con mi secreto!» Y se encaminó al lugar del suplicio con suma entereza. Como era de noche, habían iluminado la plaza de la ejecución y hasta la misma horca. El pueblo se manifestaba complacido de presenciar aquel espectáculo, contento de encontrar la igualdad aun en el cadalso; se permitió asquerosas bufonadas y parodió de diversos modos el suplicio de aquel desdichado. El cuerpo de Favras fué entregado á su familia; pero los nuevos sucesos que acaecieron fueron causa de que al poco tiempo olvidaran su muerte los que lo habían castigado y los que se aprovecharon de ella.

El clero desesperado continuaba excitando la agitación en toda la superficie de Francia: la nobleza contaba en gran manera con su influjo en el pueblo. Mien-

tras la Asamblea se contentó con poner, por medio de un decreto, los bienes eclesiásticos á disposición de la nación, el clero confió en que no tendría efecto la ejecución de dicho decreto, y, para hacerlo innecesario, sugirió mil medios de subvenir á las necesidades del tesoro. El abate Maury había propuesto una contribución sobre el lujo, y el abate de Salsede le respondió proponiendo á su vez que ningún clérigo pudiera tener más de mil escudos de renta. El rico abate se calló al oír semejante proposición. En otra ocasión en que se discutía la deuda del Estado, Cazalés aconsejó que se revisara, no la validez de los títulos de cada crédito, sino el crédito mismo, su origen y su motivo, lo cual equivalía á renovar la bancarrota por el odioso y gastado medio de las cámaras ardientes. El clero, enemigo de los acreedores del Estado á los cuales se creía sacrificado, sostuvo la proposición á pesar del rigorismo de sus principios en cuestiones de propiedad. Maury, dejándose llevar de un violento arrebató, faltó á la Asamblea, diciendo á una parte de sus miembros que tan sólo tenían el *valor de la vergüenza*. La cámara se ofendió en extremo de esta invectiva y quiso expulsar al abate de su seno; pero Mirabeau, que podía creerse atacado, hizo observar á sus colegas que cada diputado pertenecía á sus comitentes, y que no tenían derecho de excluir ni á uno solo. Esta moderación era la que convenía á la verdadera superioridad; logró predominar, y Maury quedó más castigado con una censura de lo que lo hubiera sido con la exclusión.

Todos estos medios inventados por el clero para poner en su lugar á los acreedores del Estado, no le sirvieron de nada, y la Asamblea decretó la venta de 400 millones de bienes del dominio de la Iglesia. El clero, desesperado entonces, hizo circular escritos por el pueblo, anunciando que el proyecto de los revolucionarios era atacar la religión católica; en las provincias del Mediodía era donde pensaba obtener mejor resultado. Ya hemos visto que los primeros emigrantes se habían dirigido á Turín: con el Langüedoc y la Provenza mantenían sus principales comunicaciones; y Calonne, tan célebre entre los notables, era el ministro de la corte fugitiva. Habíanse formado en ella dos partidos: la alta nobleza, que deseaba conservar su imperio, temía la intervención de la de las provincias, y sobre todo la de la clase media, por lo cual no quería apelar sino al extranjero para restablecer el trono. Por otra parte, parecía ridículo valerse de la religión, como lo proponían los emisarios de las provincias, después de haber aplaudido durante un siglo las burlas de Voltaire. El otro partido, compuesto de nobles de segundo orden y de individuos de la clase media expatriados, quería combatir la pasión de la libertad con otra más fuerte, con la del fanatismo, y vencer con sus únicas fuerzas sin ponerse á merced del extranjero. Los primeros alegaban las venganzas personales de la guerra civil, para excusar la intervención del extranjero; los segundos sostenían que esta guerra llevaba consigo la efusión de sangre, pero que no era necesario envilecerse con una traición. Estos últimos, más valerosos, más patriotas, pero más feroces, no debían triunfar en una corte donde reinase Calonne; mas como se necesitaba á todo el mundo, continuáronse las comunicaciones entre Turín y las provincias meridionales; resolvióse atacar la revo-

lución por la guerra extranjera y la guerra civil, y para esto se intentó despertar el antiguo fanatismo de aquellos países.

El clero no descuidó nada para secundar este plan; los protestantes excitaban la envidia de los católicos, y aquél se aprovechó de estas disposiciones, y sobre todo de la solemnidad de la Pascua. En Montpellier, en Nîmes y en Montaubán se despertó el antiguo fanatismo por todos los medios.

Carlos Lameth se quejó en la tribuna de haberse abusado de la celebración de la Pascua para extraviar al pueblo y excitarle contra las nuevas leyes. Al oír estas palabras, levántanse los representantes del clero y quieren abandonar la Asamblea; el obispo de Clermont dió la señal, y ya iban á salir muchos eclesiásticos que estaban de pie, cuando se llamó al orden á Carlos Lameth y se pudo apaciguar el tumulto.

Sin embargo, habíase puesto en ejecución la venta de los bienes del clero, y poseído éste del mayor enojo, no perdonaba ocasión alguna de manifestar su resentimiento. El cartujo Dom Gerle, animado de la mejor buena fe en sus sentimientos religiosos y patrióticos, pide un día la palabra y propone declarar que la religión católica es la única del Estado (sesión del 12 de abril); levántanse muchos diputados al punto y se disponen á votar por aclamación, diciendo que aquella es la oportunidad para que la Asamblea se justifique de la censura de haber atacado á la religión católica. Sin embargo, ¿qué significaba semejante proposición? El decreto tenía por objeto conceder un privilegio á la religión católica, cuando ninguna debe tenerle; debía considerarse como la declaración del hecho de que la mayoría francesa era católica, y este hecho no necesitaba ser declarado. No podía, pues, admitirse semejante proposición, y así es que, á pesar de los esfuerzos de la nobleza y del clero, suspendióse la discusión hasta el día siguiente. Había acudido una inmensa multitud; y avisado Lafayette de que los malévolos se disponían á turbar el orden, tomó la precaución de doblar la guardia. Llegada la hora de comenzar el debate, un eclesiástico amenaza á la Asamblea con la maldición; Maury profiere los gritos de costumbre; pero Menou contesta con calma á todos los cargos dirigidos á la Asamblea; dice que razonablemente no se la puede acusar de querer abolir la religión católica en el momento en que va á comprender los gastos de su culto entre los públicos, y propone que se pase á la orden del día. Persuadido con esto Dom Gerle, retira su proposición y se excusa por haber excitado semejante tumulto. Mr. Laroche foucauld presenta una nueva redacción, y su proposición sigue á la de Menou. Un diputado de la derecha se levanta de pronto, y quejándose de no ser libre, interpela á Lafayette para preguntarle por qué se ha doblado la guardia. El motivo no era dudoso, pues seguramente no había razón para que la izquierda temiese al pueblo, y no era á sus amigos á quienes trataba Lafayette de proteger.

Esta interpelación aumenta el tumulto; pero continúa el debate y durante él citase á Luis XIV. «No me extraña, exclama entonces Mirabeau, que se recuerde el reinado en que se hizo la revocación del edicto de Nantes; pero reflexionad que desde esta tribuna donde hablo, veo la ventana fatal por la que un rey, asesino de su pueblo, y mezclando los intereses de la tierra con los

de la religión, dió la señal de comenzar la matanza de la terrible noche de San Bartolomé.» Tan terrible apóstrofe no termina el debate, que se prolonga algún tiempo, hasta que se admite por fin la proposición del duque de Laroche foucauld. La Asamblea declara que son conocidos sus sentimientos; pero que, por respeto á la libertad de las conciencias, no puede ni debe deliberar sobre la proposición presentada.

Apenas transcurridos algunos días, empléase otro medio para amenazar á la Asamblea y disolverla. Quedaba terminada la nueva organización del reino; se iba á convocar al pueblo para elegir sus magistrados, é imaginóse invitarle á nombrar á la vez nuevos diputados para substituir á los que componían la actual Asamblea. Este medio, propuesto y discutido ya una vez, había sido rechazado, y se volvió á tratar de él en abril de 1790. Los poderes de algunos diputados se limitaban á un año, y habíase cumplido, en efecto, casi este plazo desde que la Asamblea estaba reunida, pues había comenzado sus tareas en mayo de 1789 y se llegaba al mes de abril de 1790. Aunque se hubiesen anulado los poderes y se hubiera contraído el compromiso de no separarse antes de terminar la Constitución, aquellos hombres, para quienes nada suponían derechos ni juramentos prestados cuando se trataba de conseguir su objeto, proponen que se elija á otros diputados, cediéndoles su lugar. Maury, encargado de este asunto, desempeña su misión con más severidad que nunca, con más destreza que de ordinario; apela él mismo á la soberanía del pueblo, y dice que no es dado ya ocupar más tiempo el lugar de la nación prorrogando poderes que sólo son temporales. Pregunta con qué título se han revestido las atribuciones soberanas; sostiene que la diferencia entre el poder legislativo y constituyente es quimérica; que una convención soberana no puede existir sino en ausencia de todo gobierno, y que si la Asamblea debe considerarse como tal convención, réstale sólo destronar al rey, declarando el trono vacante. Ruidosos gritos interrumpen al orador al pronunciar estas palabras, manifestando la indignación general. Mirabeau se levanta entonces con dignidad, y dice:

«Pregúntase que desde cuándo han llegado á ser convención nacional los diputados del pueblo. Yo os lo diré: desde el día en que, hallando circuida de soldados la entrada del edificio donde celebraban sus sesiones, fueron á reunirse en el primer sitio que se les ofreció, para jurar que morirían antes que vender y abandonar los derechos de la nación. Nuestros poderes, cualesquiera que fuesen, variaron de naturaleza aquel día; y sean los que fueran los que hemos ejercido, legitimados están por nuestros esfuerzos y trabajos: el apoyo de la nación entera los santificó. Todos recordaréis las palabras de aquel grande hombre de la antigüedad, que desatendió las formas legales para salvar la patria; intimado por un tribuno contrario á decir si había observado las leyes, contestó: Juro haber salvado la patria. ¡Señores, añade Mirabeau dirigiéndose á los diputados de los Comunes, yo juro que habéis salvado á la Francia!»

Al oír este sublime juramento, dice Ferrieres, toda la Asamblea, como impulsada por una súbita inspiración, cierra el debate y decreta que en las reuniones electorales no se tratará de la elección de nuevos diputados.

Vemos, pues, que el nuevo medio fué también inútil, pudiendo la Asamblea continuar sus trabajos; mas no por eso cesaron los trastornos en toda la Francia. El comandante De Voisin murió asesinado por el pueblo; la guardia nacional invadió los fuertes de Marsella, y en Nîmes y Montaubán hubo motines en sentido contrario. Los enviados de Turín, después de excitar á los católicos, publicaron proclamas en las que representaban á la monarquía en peligro, pidiendo que se declarase la religión católica como la única del Estado. A esto se contestó con una proclama real; pero fué inútil, porque replicaron con otras. Los protestantes habían llegado á las manos con los católicos; y estos últimos, esperando inútilmente los socorros que prometió Turín, habían sido al fin rechazados. Algunos guardias nacionales se pusieron en movimiento para socorrer á los patriotas contra los revoltosos; habíase empeñado la lucha, y el vizconde de Mirabeau, adversario declarado de su ilustre hermano, anunciando él mismo la guerra civil desde la tribuna, pareció introducirla en la Asamblea con sus palabras, sus gestos y ademanes.

Así, pues, mientras que la fracción más moderada de los diputados trataba de calmar el furor revolucionario, una indiscreta oposición excitaba la fiebre que hubiera podido mitigarse con el reposo, proporcionando pretextos á los más ardientes oradores populares. Los clubs eran cada vez más exaltados: el de los jacobinos, producto del club bretón, establecido primero en Versalles y después en París, se distinguía entre todos por el nú-

mero de sus individuos, su talento y su violencia. Sus sesiones eran continuas, como las de la misma Asamblea; anticipábase á discutir sobre todas las cuestiones de que ésta debía tratar, y formulaba acuerdos que eran ya una prevención para los mismos legisladores. Allí se reunían los principales diputados populares; y los más tenaces cobraban nuevas fuerzas y estímulo (1). A fin de combatir tan terrible influencia, Lafayette se concertó con Bailly y los hombres más ilustres para formar otro club, que se llamó del 89, y después de los fuldenses (se constituyó el 12 de mayo); pero el medio era ineficaz, porque una sociedad de hombres moderados y de reconocida instrucción no podía atraer á la multitud como el club de los jacobinos, donde se entregaban á toda la vehemencia de las pasiones populares. El único medio hubiera sido cerrar los clubs; pero la corte tenía muy poca franqueza é inspiraba demasiada desconfianza para que el partido popular pensara en valerse de semejante recurso. Los Lameth dominaban en el club de los jacobinos; Mirabeau concurría igualmente al uno y al otro, y para todos era cosa reconocida que figuraba en todos los partidos. Muy pronto se presentó una ocasión en que, pronunciándose más sus ideas, alcanzó para la monarquía una ventaja memorable, como lo veremos después.

(1) Este club, llamado de los *Amigos de la Constitución*, fué trasladado á París en octubre de 1789, y se designó entonces con el nombre de *Club de los Jacobinos*, porque se reunía en una sala del convento de los jacobinos, en la calle de San Honorato.